En defensa de lo propio

Eugenia Meyer
UNAM

Una manera de ponderar el esfuerzo realizado por El Colegio de Jalisco en la última década consiste en describir la forma como se apostó a construir la identidad propia, lo singular y particular. Se ha tratado, sin duda, de una tenaz, persistente, casi empecinada tarea de defensa de la cultura y la historia del occidente de México, frente a los embates, primero, del centralismo educativo-cultural y, luego, del poder avasallador de las grandes instituciones que, para estar a tono con las modas y evitar ir contracorriente, se lanzan a la globalización.

Pausada, aunque no sigilosamente, en las tareas para erigir y consolidar este espléndido ejemplo de centro de enseñanza e investigación, concurrió el esfuerzo de mucha gente entusiasta que no reparó en costos personales, en limitaciones colectivas y mucho menos en la pérdida de oportunidades de trabajo por demás atractivas, y que, incluso, hizo oídos sordos a los cantos de sirenas diversas.

Lo que se pretendía desde un principio era liberarse del manto, en apariencia protector, del colonialismo centralista, para tejer, en cambio, un apretado cobijo con los valores locales de la cultura, la identidad y las pertenencias propias.

Había que desarrollar un establecimiento netamente jalisciense, capaz de formar científicos sociales que no necesitaran recurrir a los institutos burocrático-federales, generalmente radicados en la ciudad de México, para recibir carta de certificación o de autenticidad. Había que buscar una independencia real, propicia para

mirar hacia adelante en el camino peculiar de la originalidad, de la invención y las creatividades propias. Había que rescatar las fuentes, los libros, las palabras y, quizá también, las querencias de los hombres de la que antiguamente fue la Nueva Galicia, con el fin de generar un *corpus* útil para investigaciones profundas y sólidas de ese rico pasado. Se plantea entonces, como necesidad esencial de este propósito multidisciplinario y claramente plural, la creación de un centro bibliotecario y hemerográfico moderno y funcional, pues no podía pensarse siquiera en emprender tareas de investigación y docencia sin la materia prima, el motor que pusiera en marcha los trabajos.

La Biblioteca "Miguel W. Mathes" es, sin duda alguna, ejemplar en su género, tanto por su acervo como por su funcionamiento. Organizada conforme a las más estrictas normas de la bibliotecología contemporánea, ofrece servicios a usuarios locales, nacionales e internacionales. La clasificación y la catalogación automatizadas en red brindan cómodamente acceso al contenido de repositorios que suman, junto con los materiales donados por el historiador estadounidense Mathes, ya más de 30 mil títulos, distribuidos en aproximadamente 70 mil volúmenes. Con ayuda de la moderna cibernética, esta biblioteca permite a interesados y estudiosos ponerse en contacto con un buen número de instituciones educativas del occidente mexicano.

Desde 1991 arrancó el ambicioso programa docente de que El Colegio de Jalisco, a la fecha, ha rendido cuentas altamente positivas: dos promociones de maestría en Estudios sobre la Región, con un total de 24 egresados que de inmediato empezaron a elaborar sus tesis, y de los cuales cinco ya se han titulado, según se señala en la colección "Grados", que edita los trabajos más notables de los alumnos.

De cara al futuro, en 1999 El Colegio decidió abrir un doctorado en Ciencias Sociales, de acuerdo con un programa diseñado a partir de requerimientos y demandas específicas de la región.

Luego, reunidos ya el espacio, los estudiantes y los profesores, así como los ingredientes necesarios para ellos, se acometió la tarea propiamente investigativa, tendente a elaborar múltiples frutos del conocimiento y reconocimiento, de la deconstrucción de una historia local-regional facturada con mirada nacional, para empezar a formular, desde el principio y desde muy abajo, con recursos y sentimientos propios, las múltiples historias de Jalisco.

En lo general y en lo particular, se trató por igual de ir colocando los andamios capaces de sostener y hacer perdurar las pequeñas historias de los actores que conforman este inmenso y trascendente grupo social: los jaliscienses.

Así surge como bandera y como propósito la defensa de la historia regional, en sus varias acepciones. Por ello mismo, a veces, la historia de Jalisco se entrelaza con la de Colima y la de Nayarit, y de alguna manera también con la de Aguascalientes, Guanajuato y Michoacán, porque finalmente las regiones van más allá de las demarcaciones políticas. Hay ahí raíces comunes que poco saben de límites impuestos por intereses oscuros y razones diversas, para obligarlos a separarse o diferenciarse al antojo de posiciones ideológicas ajenas a lo propio.

El Colegio de Jalisco ha llevado a cabo muy diversas actividades en varios lugares. Desde el apartado y pequeño terruño hasta la gran ciudad capital, buen número de poblaciones han recibido igual atención y cuidado de ese instituto que realiza cotidianamente un sinfín de labores de extensión académica, como charlas, conferencias, mesas redondas, cursos y encuentros internacionales, para atender por igual a alumnos de estudios superiores y a un público fiel, cada vez más asiduo y más sediento de saber.

Aunque no de manera abierta, lo que El Colegio de Jalisco ha querido decir es que no le vengan de la capital toda suerte de fuereños a contarle cómo es la gente de esta región. Que los propios protagonistas de la historia jalisciense deben ser quienes escudriñen, encuentren

pertenencias e identidades, y las fortalezcan. Por eso se fundó *El Despertador Regional*, que ya casi llega al número 60. Quienes lo recibimos con toda puntualidad nos sorprendemos de la pluralidad de objetivos e intereses a que satisfactoriamente obedece.

Como corresponde a toda institución académica, El Colegio de Jalisco ha logrado consolidar una firme política editorial, que abre espacios a jóvenes autores, al tiempo que atiende la producción de los maduros. Como se dice en la jerga académica, los resultados hablan. Adornos y discursos apologeticos sobran, pues lo que está en blanco y negro da cuenta de lo alcanzado: menos palabras y más publicaciones. La cosecha es inmensa y sorprendentemente alentadora.

En 1991, El Colegio dio a conocer una primera publicación mensual suya, los "Cuadernos de Estudios Jaliscienses", que se convirtió en múltiple órgano de divulgación de trabajos diversos sobre temas tan contrastantes como *La derecha jalisciense en el periodo de la consolidación del Estado mexicano (1929-1940)*, de Patricia Valles; *Del México grande al México pequeño: las regiones medias*, de Ángel Bassols Batalla, y *La prensa diaria de Guadalajara: desarrollo y perspectivas*, de Enrique E. Sánchez Ruiz, así como *Tres mariachis jaliscienses olvidados en su tierra*, de Jesús Jáuregui.

En agosto de 1990, en el marco del entonces Programa de Estudios Jaliscienses, vio la luz el primer número de la revista *Estudios Jaliscienses*, a manera de tribuna abierta de las reuniones académicas de alto nivel celebradas en diversas localidades del occidente de México. Al hacerse cargo de la Presidencia de El Colegio de Jalisco, José María Muriá incorporó esta revista a las publicaciones periódicas de esa institución en febrero de 1992. Desde su origen, ha constituido un espacio muy significativo que reconoce el trabajo de investigación original sobre temas muy variados del área, como las transformaciones y la acumulación industrial en la región, los procesos de modernización del campesinado, la emigración hacia los Estados Unidos, los repartos agrarios, las características de la cultura alteña, las lite-

raturas, las identidades, los rituales étnicos, la pesca, la organización productiva y las políticas gubernamentales en zonas indígenas como la huichol, etcétera.

Esta publicación nos permite también sondear las nuevas investigaciones y las noveles inventivas, siempre respecto a Jalisco. Un día nos enteramos de lo que se come en el norte del estado; otro, de los viajeros que han deambulado por la zona, y uno más de las particularidades de Zapopan o de Los Altos. En el número 40, nos sorprenden los editores con una serie de planteamientos formales sobre la investigación social: Andrés Fábregas habla de la antropología y Jaime Olveda del tránsito del positivismo a la nueva historia, Cristina Gutiérrez Zúñiga y Rogelio Marcial dan cuenta del estatus que guarda la sociología en Guadalajara y Agustín Vaca argumenta sobre la fuerza de la historia oral. Se trata de una multiplicidad de posibilidades con un hilo conductor: el afán de ensanchar el conocimiento, siempre renovado, de la tierra propia: Jalisco.

Una amplia gama de colecciones editoriales de El Colegio dan cabida a otros asuntos. Había que hacer espacio, en el ámbito de las publicaciones, a las “Semblanzas” de quienes han contribuido en forma significativa al desarrollo académico nacional, como Marcelo Santaló y Ángel Palerm. De igual modo, a la tarea de rescate y recuperación de documentos inéditos de importancia para la historia, había que asignarle sus propios medios difusores. Se conformaron así las “Descripciones Jaliscienses”, que nos permiten conocer temas diversos y que por lo general se editan con una introducción pertinente y notas preparadas por especialistas para que el contenido se comprenda mejor: desde una *Visita pastoral del obispo fray Antonio Alcalde a la diócesis de Guadalajara, 1775-1776*, pasando por *El milagro más visible o el milagro de los milagros más patentes*, referente a la descripción que Sigismundo Taraval hace, a mediados del siglo XVIII, de la cruz de Tepique como objeto de culto en la Nueva Galicia, hasta la *Descripción geográfica de Zapotlán el Grande, 1778*, redactada por Bernardino Antonio Lepe, junto con la *Descripción*

topográfica de la provincia de Sayula, 1791, de Francisco Hernández Lomelí.

De igual forma, se logró vindicar textos perdidos o poco conocidos, como el de Joseph Matías de Vergara, *Descripción de la jurisdicción de Nuestra Señora de las Nieves*, de 1777; el *Informe acerca de la habilitación del puerto de Peñitas para el comercio de altura y cabotaje*, escrito por Daniel E. Acosta e Irineo Quintero en 1885, y la *Breve relación del Nuevo Reino de Galicia y provincia de la Nueva Vizcaya*, de don Alonso de la Mota y Escobar. Además, se logró la paleografía del texto de Francisco de Sandoval Acacictli, *Conquista y pacificación de los indios chichimecas*, y el de *La Provincia de Ávalos y las alcaldías mayores de Autlán, Amula y la Purificación*, fechados en 1743.

Con audacia y enérgica vocación divulgadora, El Colegio ha dado a la imprenta los “Ensayos Jaliscienses”, colección que pretende agrupar textos de ordinario breves, pero siempre producto de investigaciones originales. Así como un volumen de la serie nos explica los orígenes de los caxcanes y su actitud durante la guerra de los nayaritas, otro nos presenta a los pescadores del Rosita en Puerto Vallarta, y uno más nos relata el encuentro de los insurgentes Javier Mina y Servando Teresa de Mier. Por otro lado, esta colección recupera visiones de viajeros del siglo XVII o bien hace referencia al paso de los franceses por tierras jaliscienses y zacatecanas, como Teocaltiche y Nochistlán. Desde 1997, esta serie se despojó del gentilicio y aparece simplemente como “Ensayos”, para inscribirse en una perspectiva y un universo más amplios. Así, El Colegio de Jalisco ha contribuido al conocimiento de procesos tan disímolos como el exilio catalán en México o el desarrollo económico del norte de Jalisco.

La colección “Media Carta” ha difundido estudios de gran calidad, formales y originales, debidos a especialistas interesados en la región. Sin olvidar el desarrollo económico del estado en sus múltiples facetas, nos enteramos de asuntos tan diversos como la creación de la Escuela Normal de Jalisco o la fundación de San Blas,

que fue puerto medular del Pacífico en la época colonial. Aprendimos de la *Mono-grafía histórica del estado de Jalisco*, de Pancho Madrigal; gracias al esfuerzo de Jaime Olveda, pudimos acercarnos a la historia de Puerto Vallarta; nos informamos del modo en que viven los hombres del mar en esta parte del país, y apreciamos las características de la cultura y la religión en el sur de Jalisco. Nos adentramos en las peculiaridades de los procesos regionales de la entidad y también participamos en la novedosa aventura de recuperar la historiografía del noroccidente de México, con el fin de conocer más sobre Guadalajara, Colima, Tepic, Aguascalientes, Durango, Culiacán, Hermosillo, Mexicali y Tijuana. Más aún: ahora sabemos la forma y las proporciones en que se multiplicaron los tapatíos en el primer siglo de vida independiente, de 1821 a 1921, al igual que nos enteramos de la historia de la infancia abandonada en la ciudad de Guadalajara por casi dos centurias.

Tema sustantivo en el desarrollo de El Colegio de Jalisco es el interés que ha mostrado por la vida cotidiana de pueblos y comunidades, de barrios y ciudades. Por ello generó proyectos de historia oral que permitieran rescatar la experiencia directa de los protagonistas de las varias historias. Así apareció la colección “Testimonio”, en la que cristalizó una visión más fresca y espontánea, y desde luego menos elaborada, del quehacer propiamente histórico. Saber lo que cuentan doña Rafaela González Chávez y don Vicente Romo Barajas de su vida en Zapopan, así como lo que Carlos Munguía Fregoso recuerda y transmite de sus experiencias varias en su Puerto Vallarta permite al historiador aproximarse a los actores sociales de épocas y circunstancias distintas, de manera tal que el trabajo propiamente histórico asume proporciones y compromisos diversos.

No menos importante es la llamada “Colección Científica”, relativa al trabajo altamente calificado de los académicos de El Colegio y de otras instituciones, que constituye verdaderas aportaciones al conocimiento regional. Al estudiar la geografía, la educación, el comercio, la economía y el crecimiento urbano de ciu-

dades específicas de Jalisco, el poder de la vida cotidiana entre los trabajadores tomateros, el comportamiento de los grupos juveniles y el surgimiento de las identidades culturales en el entorno urbano de la sociedad moderna, así como los catalanes de México, la serie ha ampliado el espectro de intereses de los lectores.

Como es lógico suponer, las circunstancias obligan en ocasiones a editar trabajos que difícilmente encajan en colecciones como las arriba descritas: por ello se creó el rubro de "Publicaciones Especiales", que permite recuperar asuntos regionales de interés general. Así, José María Muriá y Jaime Olveda compilaron en cinco volúmenes el utilísimo recurso didáctico titulado *Lecturas históricas de Guadalajara*, en tanto que el propio Presidente de El Colegio de Jalisco y Angélica Peregrina recuperaron las narrativas de los *Viajeros anglosajones por Jalisco, siglo XIX*, con objeto de darnos a conocer las impresiones, muy diversas por cierto, de paseantes y exploradores anglófonos. Tiempo después, ya encarrilada, Angélica Peregrina nos ofreció *Chapala vista por viajeros*.

Brigitte Böehm de Lameiras nos permitió degustar su *Comer y vivir en Guadalajara*, divertimento histórico-culinario que ofreció a la autora la oportunidad de hablar de las múltiples migraciones y las culturas familiares asentadas en territorio tapatlío que generaron formas de vida y cotidianidades diversas unidas ahora en un universo multicultural.

Así también, en el camino del rescate, aparecieron el *Romancero* de Pancho Madrigal y una nueva edición de *Yahualica*, de Agustín Yáñez. En este último, el autor describe las costumbres y la forma de ser de los habitantes de ese pueblo del nororiente jalisciense.

Como un merecido reconocimiento a quien tanto ha hecho por recuperar las historias de los terruños y fomentar la microhistoria, don Luis González, en la misma colección, bajo el título de *Pueblo en vilo, la fuerza de la costumbre*, se publicaron los trabajos del homenaje que se le rindió en la propia sede zapopana.

Como toda historia de familia, la de El Colegio de Jalisco, desde su fundación en 1982, ha tenido que buscar acogida en diversas instalaciones, hasta albergarse definitivamente en su actual *campus* de Zapopan. El tránsito por las diferentes casonas en que se alojó en la ciudad de Guadalajara, los avatares naturales y la explosión que sacudió a la capital tapatía en abril de 1992, que lo obligó a ceder su espacio a un centro de atención a damnificados, dan cuenta de cómo la institución se ha insertado en la vida de los jaliscienses, con quienes ha contraído un permanente vínculo.

Su planta de investigadores nada tiene que ver con intelectuales aislados o alejados de la realidad de su tiempo, pues compromiso y acción definen el quehacer diario de esta comunidad que, día con día continúa construyendo un futuro colectivo. Hoy, al paso del tiempo, no debemos soslayar el hecho de que el camino estuvo plagado de obstáculos y limitantes, que al recorrerlo fue preciso escuchar discursos adversos y enfrentar intereses mezquinos. Una a una las barreras se superaron, con tal de marchar hacia adelante en el objetivo original que El Colegio se propuso.

Las acciones, las pasiones y las experiencias pasadas; los sueños y hasta las locuras de José María Muriá y sus cómplices no me son ajenos. Todos ellos, con generosidad y hospitalidad permanentes, me han permitido, unas veces a la distancia y otras en forma más próxima, acompañarlos en su empeño inalterable.

Con acciones pequeñas y grandes, incansables e incansables, y con la amalgama de las inteligencias y las querencias, se ha podido edificar y consolidar El Colegio de Jalisco. Muchos episodios escenificados y recuerdos cobijados bajo los adustos árboles del jardín de la casa de Zapopan son testimonios de una convicción permanente, compartida por todos: resistir embates, desechar propuestas extrañas o bien ambiciones personales o de grupos políticos, que desdeñan la importancia de consolidar una entidad digna y singular, convertida en bastión que defiende lo propio.